



JMAYER H

to, y más allá de constituir un hito visual, el rol esencial de unificar los diferentes niveles integrantes del espacio y el programa de uso de la plaza. Está concebido como una estructura ligera metálica de techumbre de treinta metros de altura con vegetación que puede ofrecer una amable sombra diurna y modelar la entrada de luz de la puesta de sol, generando un microclima agradable, apropiado para el disfrute relajado de la superficie de la plaza.

Flujos dinámicos

Mayer resuelve la proyección de un espacio con gran variedad de relaciones entre los flujos dinámicos y de información de las diferentes superficies en la que los estratos ocupados por ruinas arqueológicas y capas de los ámbitos de la vida cotidiana actual se superponen, conviven e interactúan. Como centro urbano y conector entre los sectores norte y sur del casco histórico sevillano, la nueva Plaza de la Encarnación se propone como una superficie polivalente: albergaría el museo arqueológico y el mercado y cobijaría las ruinas; sería un pun-

Las imágenes, recreaciones digitales del proyecto, muestran diversos aspectos del proyecto Metropol Parasol, en los que se aprecia la estructura de los parasoles



to de enlace fundamental en la red de transporte público; tendría cabida para un centro deportivo / cultural y la plaza elevada satisfaría la demanda de un lugar cívico de reunión para el día y de un espacio que, por la noche, gracias a las instalaciones técnicas adecuadas, crearía un *cielo artificial* que haría la plaza disponible para actividades culturales. Un lugar abierto a ciudadanos y forasteros. La comprensión de dónde y para quién se proyecta hacen de *Metropol Parasol* una propuesta de coherencia: con su tiempo y su espacio. |

CRÓNICAS RIFEÑAS

Este es el primer artículo de la serie 'Crónicas rifeñas', a cargo del periodista marroquí Ali Lmrabet (Tetuán, 1959), director de las revistas 'Demain', 'Demain Magazine' (en francés) y 'Duman' (en árabe), todas prohibidas por las autoridades marroquíes. Condenado a tres años de cárcel en 2003 por 'ultraje al rey', fue liberado a los ocho meses gracias a una campaña de apoyo internacional. Esta serie sustituye a las 'Diatribas infelices' de Guillermo Fadanelli, que durante catorce semanas ha publicado este suplemento



PACO SANCHIDRIAN

Aduz, 1896

Si la harca de Buchta El Bagdadi no hubiera atacado el pueblo de Aduz en la costa rifeña, la historia de Taimunt hubiera sido diferente

ALI LMRABET

La adolescente de cabello rubio y ojos marrones vivía tranquilamente en ese pueblo perteneciente a la fracción de los Izemuren, que formaba parte a su vez de la tribu de los Bokkoya cuando, en 1896, la horda del enviado del sultán se abatió sobre la región. El sultán Mulay Abdelaziz quería castigar esa difícil tribu que "practicaba la piratería y el contrabando y tomaba rehenes asaltando a los barcos europeos" que se atrevían a acercarse a la costa de Alhucemas.

En realidad, la crisis se inició con el secuestro por un grupo de pobladores rifeños de un capitán de navío francés, de un griego y de cuatro ciudadanos portugueses. No era un acto de piratería sino un medio para obtener la liberación de trece correligionarios retenidos en el Peñón de Alhucemas, una roca ocupada por el ejército español e instalada con cañones y estandartes frente a la costa.

Amenazado con multas millonarias y con una invasión militar por las potencias europeas, el sultán envió a su más feroz caudillo. La columna de Buchta El Bagdadi partió de Fez, la capital del Imperio Jerifiano. Con tambores redoblando y banderas en alza atravesó montes y bosques y al llegar al territorio de los Bokkoya arrasó a pueblos y aldeas. En Aduz, centro de la pretendida sedición, la harca cortó cabezas, masacró a mujeres, niños y ancianos y se llevó, como trofeo de guerra, a 200 jefes de familia de los Izemuren. Taimunt se salvó por milagro. Antes de ser capturado, su padre logró introducirla con su madre y sus cinco hermanos en una barcaza tambaleante que iba rumbo a la costa de Tetuán, distante 300 kilómetros. Debía esperar dos años antes de volver a abrazar a su padre devuelto a su gente después de una penosa reclusión en las mazmorras del sultán.

Los relatos que trajeron con ellos los

Izemuren sobre los sufrimientos padecidos en los calabozos del sultán marcaron psicológicamente a generaciones de rifeños. Las más simples anécdotas se convirtieron en leyendas. La sociedad rifeña no sabía lo que era una cárcel, una forma de castigo que no existía ni en la mentalidad ni en las instituciones del Rif.

Consecuencia de ello, Aduz fue abandonado por sus habitantes, que se adentraron en el interior del Rif. Los familiares muertos, los bienes perdidos y la humillación de haber sufrido injustamente la cárcel convirtieron ese drama en el "Gran cataclismo" que se recuerda aun en los pueblos.

En diciembre de 1931, Taimunt era una cuarentona esbelta y alta que trabajaba de enfermera en el dispensario español de Beni Bufráh, a diez leguas de Aduz, cuando le llegó la noticia de la muerte de Buchta El Bagdadi. Según los cronistas de la época, antes de morir, el que se había convertido en un notorio colaborador del colonialismo extranjero en Marruecos, dejó constancia que quería ser enterrado en un féretro de madera para que sus restos no se mezclaran con los otros. Pero la tierra del cementerio de Fez rechazó su cadáver. El agujero era demasiado pequeño para tan gran tirano. Los empleados del sagrado recinto tuvieron que sacarlo de su ataúd e intentar de nuevo introducirlo en su tumba. Fue en vano. Al final tuvieron que meterlo en su última morada a empujones y patadas echando mucha tierra encima, ya que su vientre se había inflado extraordinariamente.

Después de oír la historia de la boca de un paciente mi abuela pidió permiso para regresar a su casa. Al emprender el camino en la oscura noche rifeña comenzó a cantar una canción que evocaba un cataclismo que ocurrió hace mucho tiempo, allá en Aduz